

prólogo “a dos orillas”

Mohamed HAFID ZOUAKI

*Arquitecto, exdelegado del Ministerio de Cultura
del Reino de Marruecos en Tetuán.*

*Técnico en la Agencia Andaluza
de Cooperación Internacional al Desarrollo*

Partiendo de vínculos profesionales comunes alrededor del tema de la arquitectura, y motivado por preocupaciones compartidas sobre problemáticas sociales y su percepción desde el ámbito de la cooperación internacional al desarrollo, acogí con gratitud la invitación del apreciado Alejandro Muchada Suárez para contribuir con un prólogo al presente estudio que ha desarrollado junto a ilustres investigadores hispano-marroquíes.

Al emprender esta iniciativa, Muchada se propuso desde el principio la labor intelectual de crear un equipo de trabajo pluridisciplinar y una metodología de investigación crítica. La investigación propone como problema central la cuestión de la vivienda analizando específicamente la promoción oficial, y escoge un periodo histórico concreto en busca de la comprensión del origen de la creación de la ciudad moderna y la evolución del fenómeno de transformación con el que la ciudad marroquí se ha tenido que enfrentar.

En el espacio de tiempo escogido, no se pretende ni elogiar ni desacreditar tendencias o actores. Sólo hay afán por destacar un espíritu abierto y crítico, a veces a juicio de los investigadores, y otras dejándolo a merced interpretativa del lector, para resaltar luces y sombras de experiencias e hitos históricos. De esta forma, el equipo ha recorrido caminos, matizando indicios que condujeron a la configuración de algunas problemáticas y desequilibrios habitacionales causados por efectos de la modernidad. Al tiempo, plantea sugerencias que pueden servir de líneas directrices para la gestión de una ciudad que opta por la mejora de las condiciones de vida de su población con una voluntad de desarrollo humano inclusivo.

Apostando por ese espíritu abierto a la colaboración hispano-marroquí, se percibe que la presente investigación tiende a invitarnos, para emprender una mayor reflexión y seguir promoviendo acciones conjuntas, desde convicciones de intercambio viable y benéfico para la población de ambas orillas del estrecho de Gibraltar. Actitud que, cuando ha prosperado dentro del respeto y la voluntad de interés mutuo, tolerancia, sintonía en la convivencia y mantenimiento de una vecindad fructífera, siempre fraguó resultados singulares, de interés cultural, social y económico para el desarrollo común.

En experiencias puntuales, el camino no siempre fue fácil. Las voluntades pueden ser buenas, y las declaraciones de intención alentadoras. No obstante, si no se determinan correctamente, desde un principio, los propósitos y las metodologías de actuación sobre el terreno, el camino puede hacerse penoso y, a veces, conducir a la resignación.

En los últimos tiempos, la apertura de las relaciones hispano-marroquíes y marroquí-andaluzas tiende a ser casi ejemplar en el ámbito de la cooperación internacional. Asistimos desde hace poco más de una década a un creciente fortalecimiento del intercambio institucional, de la inversión privada y de las relaciones entre miembros de la sociedad civil dentro del Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación entre el Reino de Marruecos y el Reino de España. Se ha llevado a cabo una multitud de programas de cooperación bilateral, multilateral, transnacional y de cooperación descentralizada. Probablemente con mayor incidencia esta última, por el volumen de proyectos implementados por la acción de la Junta de Andalucía en el norte de Marruecos en distintos ámbitos de la cooperación al desarrollo.

En ese sentido, estimamos que motivos como la vecindad de primer grado, de ubicación en la puerta del Mediterráneo, factores de desarrollo estratégico de ambas regiones, facilidades en la movilidad espacial de los actores implicados, relaciones de cooperación establecidas con varios actores en distintos ámbitos de desarrollo, planes y políticas estatales de sus respectivos países, el norte de Marruecos y Andalucía están dotados de potencialidades y oportunidades para realzar su acción conjunta de desarrollo equilibrado entre ambas orillas.

Algunos pueden pensar que la coyuntura económica no es la más favorable para consolidar en la actualidad esa voluntad. No obstante, pensamos que hay que seguir explorando y difundiendo la información sobre los recursos endógenos y las oportunidades de colaboración bilateral dentro de los medios propios o puestos por entidades de cooperación internacional al desarrollo. Dentro de ese propósito hay que actuar con rigor en la identificación de los problemas reales y sus ejes temáticos, así como en la consecución eficaz de los resultados buscados, y con transparencia en la rendición de cuentas.

Dicho esto, y volviendo al tema de la investigación que nos ocupa, apuntamos que este paréntesis sobre el ámbito de la cooperación se plantea para evocar las posibilidades de continuar con el proceso abierto de la presente investigación, y seguir aportando esclarecimiento a realidades identificadas con perspectivas de emprender actuaciones posibles sobre el terreno dentro del planteamiento de la metodología “investigación-acción”.

En ese sentido, se podría plantear, dentro de alguna posible investigación-acción, una intervención concreta trazando como líneas de actuación, los desarrollos del triángulo del conocimiento “I+D+i”. Se optaría por un mayor fortalecimiento de la sociedad de la información y el conocimiento, aplicado a áreas geográficas concretas, para vehicular temáticas de desarrollo territorial a través de entidades implicadas e interdependientes del sector público, privado y componentes de la sociedad civil.

Concretamente, para encauzar dicha aproximación dentro del objeto de la presente investigación, se podría optar por seguir profundizando en su dimensión de revisión histórica como herramienta de comprensión de la ciudad contemporánea marroquí y la cuestión de la vivienda. Al mismo tiempo, se podría desarrollar un trabajo creativo de diseño evolutivo desde las tipologías que conforman las especificidades culturales y arquitectónicas locales en un enfoque de innovación. Todo ello, con vistas a hacer de la riqueza del patrimonio territorial un componente de respuesta a las necesidades de la población y su desarrollo endógeno sin discriminación. Y todo, dentro de un espacio conformado por actores o agentes del sector público, privado y de la sociedad civil con preocupaciones de interés relativamente distinto, pero conmovidos por una misma finalidad.

Para terminar, deseo felicitar a los estimados investigadores por su brillante trabajo, a todas las entidades marroquíes y españolas que apoyaron este interesante estudio, a la Junta de Andalucía y a la Universidad de Sevilla por publicarlo, y al apreciado Alejandro Muchada Suárez por sus convicciones y su tenacidad en aportar su grano de arena a las buenas causas sociales en consonancia y coordinación con los actores implicados.

El presente texto se inserta en una renovada historiografía sobre la Zona de influencia hispana en territorio marroquí, usualmente denominada como el protectorado español de Marruecos. Es uno de tantos y tan buenos ejemplos de lo que la citada literatura está aportando al conocimiento del pasado compartido (o soportado) entre España y Marruecos en los últimos veinticinco años. Naturalmente, también existe una abundante historiografía patrioter de la que aquí no me voy a ocupar, entre otras razones, por su escasa calidad científica.

En este texto hay que destacar tres aspectos, entre otros muchos, de gran importancia. En primer lugar, el material aportado: textos, fotografías, ortofotografías, imágenes, gráficas, mapas, planos, proyectos y alzados, además de informes redactados por los arquitectos y otros profesionales de aquellos años. A todo ello hay que añadir los planos y otros elementos gráficos elaborados por A. Muchada. Se trata de una documentación de extraordinaria calidad e importancia que permite reconstruir el urbanismo y la política con respecto a la vivienda en el periodo colonial.

El segundo, un planteamiento interdisciplinar en el que, además del arquitecto, coordinador y *alma mater* de la obra, A. Muchada, intervienen doctores en historia (M. Aziza) y geografía (M. Ben Attou) y cinco arquitectos vinculados respectivamente a la enseñanza universitaria (H. Cherkaoui y P. González), a la función pública (M.S. Sary y A. Abziz) y a la iniciativa privada (T. Bouhassoun). El cruzamiento de sus diferentes puntos de vista, experiencias e intereses contribuye a iluminar todos los aspectos vinculados al urbanismo y a la política de viviendas en el periodo colonial.

El tercero, que la monografía da voz a los marroquíes: todos los participantes a excepción de A. Muchada y P. González. Algo importante en la medida en que se inscribe en una tendencia que cada día va cobrando más fuerza, aunque todavía debe ser más robusta que hasta el presente. Me refiero a la edición en castellano, y otras lenguas españolas, de las obras de algunos de los más importantes científicos sociales marroquíes (A. Laroui, M. Tozy, M. Kenbib y otros) y de las generaciones siguientes (L. Meziane, M. Aziza, Y. Akmir y otros). Pero no es menos cierto que urge incorporar nuevos y más recientes autores que permitan que la historiografía española tenga en cuenta los planteamientos de la marroquí, para que sus tesis sean más ponderadas.

El texto está centrado en el estudio de los casos de Tetuán y Larache, realmente las únicas ciudades importantes del protectorado. Dedicar una gran atención al hecho más destacado del urbanismo colonial español en Marruecos: la perfecta continuidad establecida, buscada y conseguida de la medina (“ciudad islámica”) y el ensanche europeo (“ciudad gobernada”, “ciudad simbólica”, “ciudad moderna” y “ciudad legislada”). Se señala que no existió en el modelo español la separación tajante que se dio en el francés en su Zona de influencia, tal y como se observa, entre otros, en los casos de Rabat y Fez.

Sin embargo, habría que estudiar más pormenorizadamente el asunto. Tánger no formó parte de ninguna Zona de influencia o de protectorado, ya que se le otorgó un *status* de ciudad internacional. Allí los europeos fueron incorporando numerosas edificaciones y los rudimentos de una política urbanística desde comienzos del siglo XIX, en unos momentos en los que la ciudad fue capital diplomática del Imperio. Cuando se implanta el protectorado, en el ensanche y en la medina tangerinas convivían tanto los europeos como los marroquíes, y lo siguieron haciendo hasta el mismo momento de la independencia de Marruecos. Casi se podría decir lo mismo de Casablanca, la capital económica de la Zona francesa, ciudad donde la presencia europea también fue muy precoz y anterior a 1912.

Por tanto, más que hablar de modelos español y francés, habría que hablar de formas de controlar a la población marroquí (e incluso a la europea, en el caso español) por parte de ambas administraciones coloniales. Lyautey estableció la capital política en Rabat, huyendo de la presión que supondría establecer la Residencia General en la turbulenta Casablanca. Casi en paralelo, la República alemana establecía su capital en Weimar, bien lejos de la turbulenta Berlín. Los españoles construyeron el ensanche tetuaní en yuxtaposición a la medina, pero mantuvieron prácticamente intactas las murallas que los separaban. El 14 de abril de 1931, seguramente más de uno lamentó que el edificio de la Alta Comisaría estuviera tan al alcance de los manifestantes españoles y marroquíes empobrecidos y coléricos, que habían salido en buena parte de la cercana medina, aunque también de los más alejados barrios de infraviviendas.

Así que, considerando el periodo del protectorado en líneas generales, podemos estar de acuerdo con que los franceses establecieron una separación entre la medina y el ensanche europeo (Fez y Rabat). Por su parte, los españoles construyeron sus ensanches totalmente unidos a las medinas (Tetuán y Larache). Pero recuérdese lo afirmado con anterioridad acerca de las distintas necesidades de control que necesitaron tanto unos como otros.

En todo caso, esta particularidad del urbanismo colonial hispano era perfectamente conocida por las bibliografías española y marroquí, aunque la obra que centra nuestra atención profundiza notablemente en su estudio. La yuxtaposición de la ciudad tradicional musulmana (la medina) con la europea (la de la colonización, la de los ensanches) también tuvo mucho que ver, se fuera o no consciente de ello, con la manera en la que los colonos españoles percibían a Marruecos.

Buena parte de las élites de la administración colonial española, incluyendo funcionarios, intelectuales y periodistas, estuvo influenciada por una de las tesis del africanismo andalucista, la que hacía hincapié en la base común de las poblaciones ibero-bereberes, o andaluza-marroquíes. Esta convicción se solapaba con el influjo ejercido por la arquitectura andalusí, en especial la nazarí, que aún perduraba en la península. Nada más natural para los administradores coloniales que trasplantar a Marruecos el estilo neomudéjar, neoárabe o hispano-musulmán que había surgido en España desde mediados del siglo XIX. Parte de los ingenieros militares que detentaron la hegemonía en la construcción en las dos primeras décadas del protectorado estuvieron más o menos imbuidos de la citada creencia, aunque su lectura de la tradicional

arquitectura musulmana fuera muy superficial y sus resultados discutibles en no pocos casos. Aunque conviene no olvidar que esa tendencia coexistió en pugna con otros estilos, como el regionalismo primorriverista, el racionalismo que apareció con la II República y una tendencia europea moderna y ecléctica que favoreció que algunos arquitectos jóvenes que en España apenas tenían oportunidades pudieran despegar profesionalmente en Marruecos, dejando para el futuro interesantes edificaciones que hoy forman parte del patrimonio arquitectónico marroquí.

El triunfo del franquismo en la guerra civil española se concretó en el ámbito que nos interesa en la aparición de un mediocre estilo neoherreriano, meseteño, en especial en la construcción pública. No fue casual: las veleidades del africanismo andalucista, que hacía hincapié en el sustrato biológico común entre ibero-bereberes, no fueron del gusto del régimen franquista, más cómodo con el postulado más neutro de “hermandad cultural” hispano-árabe o hispano-musulmana. En definitiva, el estilo hispano-musulmán no tuvo el desarrollo que cabría esperar, contrariamente a lo que pasó en la Zona francesa; la paradoja estuvo en que los franceses partieron de un minucioso estudio de los modelos andalusíes, y en que los modelos teóricos franceses y sus construcciones prácticas fueron asumidos por algunos arquitectos españoles que trabajaron en la Zona española.

También es perfectamente conocido que los franceses tuvieron un proyecto para la arquitectura urbana en su Zona de protectorado, para lo que contaron con la figura de un arquitecto o ingeniero jefe y un servicio de urbanismo. No ocurrió exactamente lo mismo en el caso español, especialmente entre 1912 y 1939. De hecho, cada autoridad militar, cada ingeniero, cada arquitecto y cada Junta de Servicios Municipales actuaron por su cuenta sin atenerse a ningún criterio de conjunto. Pero no es menos cierto que la formación común de los ingenieros militares explica que, a pesar de la inexistencia de un proyecto o plan concreto para urbanizar las ciudades, el resultado final fuera de sorprendente uniformidad, forjada mediante ensanches, plazas centrales y grandes avenidas. Así se desprende del análisis de los ensanches de Tetuán, Larache y Chauen; y de los casos del ordenamiento urbano de las ciudades de nueva creación como Nador y Alhucemas; e incluso de los poblados surgidos al calor de un acuartelamiento militar, como Targuist, Monte Arruit y otros. En ese sentido, los autores destacan oportunamente que “la heterogeneidad de actores y factores, que (intervinieron), paradójicamente, dieron como resultado una imagen de cierta unidad”. Añaden que se debió a que los escasos recursos del colonialismo español obligaron en el campo de la construcción de viviendas a ser muy pragmáticos, lo que favoreció que se concibieran proyectos “cercanos a las necesidades” de la población local, en especial la marroquí.

Pero lo cierto fue que la verdadera planificación no se impuso hasta la muy tardía fecha de 1943, año a partir del cual el urbanista Pedro Muguruza elaboró los planes de urbanización para las ciudades de la Zona. Ya se ha citado la hegemonía del estilo neoherreriano, el urbanismo hecho imperio, característico de los últimos trece años de presencia española en Marruecos.

De hecho el más importante impulso de la construcción, y en especial de la de viviendas, fue tardío. Los años terribles de guerra, intermitente o no,

transcurridos entre 1909 y 1927, la posterior crisis política que significó la caída de la dictadura de Primo de Rivera y la proclamación de la II República, culminada con la crisis económica de los años treinta y el posterior estallido de la guerra civil, no facilitaron ni el desarrollo económico ni la actividad constructora en el protectorado. Hubo que esperar hasta la época franquista para que se impulsara decididamente la construcción en los abundantes solares libres del ensanche, ocupados por barracas construidas por cabreros, suboficiales del Ejército e, incluso, por las propias unidades militares, como el Regimiento de África nº 6. Llama la atención lo que se tardó en agotar el espacio disponible para construir. Más aún el hecho de que los propietarios de la gran mayoría de las construcciones fueran marroquíes, buena parte de ellos judíos. Cristianos, musulmanes y judíos, todos ellos acomodados o con salarios y rentas más o menos consolidadas, se convirtieron en vecinos en el ensanche.

Otro aspecto que cabe destacar en el caso español fue que, tanto en las medianas como en los ensanches y en los barrios llamados “de latas”, españoles y marroquíes convivieron sin mayores problemas, aunque no tan compenetrados como a menudo, y por ambas partes, se piensa. Hay que convenir que, al menos en parte, se debió a la crónica escasez de viviendas tanto en Tetuán como en las demás ciudades. Los autores afirman que la vivienda “fue una cuestión jamás resuelta. Fue siempre un recurso escaso, y una necesidad secundaria”. Sobre todo si tenemos en cuenta lo que se construyó y el aumento de la población en las ciudades de Tetuán, Larache, Arcila, Alcazalquivir, Alhucemas y demás. En el caso tetuaní, la población pasó de unos 20.000 a 125.000 habitantes entre 1912 y 1956.

Unas decenas de miles de colonos españoles, básicamente pobres andaluces, buscaron en Marruecos el trabajo que no encontraban en su país. Principalmente dedicados al sector terciario, servicios. La excepción fue Larache, ciudad en la que se instalaron fábricas de conservas de pescado y de productos hortofrutícolas, razón por la que ha sido denominada “ciudad colonial proletaria”.

Conviene tener en cuenta que, a lo largo de los cuarenta y cuatro años de presencia colonial española, la Alta Comisaría hizo todo lo posible para restringir la llegada de españoles sin trabajo a Marruecos. La máxima preocupación fue mantener el “orden” que tanto esfuerzo y tanta sangre había costado conseguir. Las autoridades siempre fueron conscientes de las escasas posibilidades de alentar un desarrollo económico del protectorado, hasta el punto de que en Tetuán ni siquiera los planificadores se plantearon una zona de uso industrial. Ante la incapacidad de fomentar unas actividades económicas que exigiesen una numerosa mano de obra, hicieron todo lo posible por limitar al máximo que se formara una gran masa de parados españoles; en especial en el periodo republicano, en el que se temía, y con razón, que la conflictividad obrera pudiera contagiarse a los marroquíes. Así que exigieron a los candidatos a inmigrantes españoles que quisieran instalarse en la Zona un contrato de trabajo y un aval por el que el patrón, o cualquier otra persona, se comprometiera a financiar su repatriación una vez que este hubiera finalizado. Muchos españoles llegaron a Ceuta, atravesaron clandestinamente la frontera de Marruecos y se dirigieron andando a Tetuán siguiendo la vía del tren. Todos los detenidos sin papeles fueron expulsados a Ceuta, y desde allí repatriados a la península.

Para la mayoría de los españoles que llegaron en busca de trabajo y para la mayoría de los marroquíes que dejaron sus aduares con la misma esperanza, las opciones en lo que a la búsqueda de vivienda, o cobijo, se refiere se limitaron a sólo dos: la medina o los asentamientos de infraviviendas.

Los españoles que podían permitirse algún tipo de alquiler tendieron a instalarse en la medina (calles Fez y sus numerosos callejones, patios de las puertas de la Reina y *Saida*, calles *Trankats*, *Suika*, *Dar Bomba*, *Tala'a*, *Siaguin*, *Suq el Fuki*, *Postas* y otras) y en la judería (callejón de los Pobres, Bentolila, Escuela Vieja, La Higuera y otras). No era tan extraño, dado que buena parte de los que allí se instalaron procedían de las medinas andaluzas. El resto fue encontrando cobijo como pudo en la autoconstrucción de barracas en numerosos barrios: Málaga, de Las Latas detrás de la iglesia, *Mulay Hassan*, *Sidi Talha* y otros. En Larache sucedió exactamente lo mismo, en sus barrios *Caleto*, *Ynan el Bácha Este*, *Ynan Qastel* y otros.

En la medina y en los barrios –dichos– “de latas”, españoles y marroquíes fueron igualmente vecinos. En el caso de la medina, está pendiente de estudio cuál fue la evolución de la población que albergó. Todo parece indicar que la medina se saturó prontamente como consecuencia de la instalación de centenares de españoles y, en especial, de miles de marroquíes recién llegados desde el ámbito rural. Tener en cuenta lo anterior nos obligaría a matizar las tantas veces alabada excelencia de la vivienda musulmana. No se trata de negarla, sino de puntualizar que seguramente la mayoría de los musulmanes que vivieron en la medina no lo hicieron en esa ideal vivienda musulmana.

En todo caso, desde el momento en que comenzó el dominio español en Tetuán, las autoridades coloniales se esforzaron en que la medina no perdiera su carácter “típico” o “moro”. En los años treinta el arquitecto municipal, asistido por una comisión de Bellas Artes, controlaba que no alterasen el estilo “tradicional” de los edificios, incluyendo la preocupación por los vanos, voladizos, persianas y otros elementos habituales en determinados barrios de la ciudad islámica. Ocurrió lo mismo con el tamaño y el estilo de los rótulos de los más o menos modernos establecimientos que iban surgiendo en la medina; se evitaba la nota discordante que pudiesen suponer tales letreros. Muy posiblemente no se tuvo tanta atención a lo que sucedía en la judería.

La parte más novedosa, e importante, del texto se centra en la atención al surgimiento de los distintos barrios que fueron apareciendo más allá del ensanche (“ciudad periférica”) y en la política de promoción oficial de vivienda para los moradores de esos barrios.

¿Qué vivienda se construyó? El texto explica perfectamente la intervención de la administración pública en este ámbito, que se vio afectada por la escasez de recursos. Hay que destacar muy buenas dosis de pragmatismo que permitieron levantar viviendas modestas, pequeñas y con pocos servicios, aunque eficaces. Pero lo cierto es que fueron muy escasas las construcciones oficiales. Entre 1912 y 1956 en Tetuán se contabilizan un mínimo de 1.778; mientras que en Larache el número mínimo fue de 255. En total, entre 2.033 y 2.100, ya que no ha sido posible contabilizar el número de viviendas de

algunas promociones. No parece una cantidad importante si la comparamos con el impresionante crecimiento de la población de ambas ciudades.

Es pertinente destacar que fueron construidas básicamente entre 1936 y 1956. Del total de 2.033 contabilizadas en Tetuán y Larache, sólo el 5,3% lo fue entre 1912 y 1936. Los promotores fueron, por orden de importancia, la Junta de Servicios Municipales, creada en pleno periodo republicano (1.134 viviendas), el Ejército de Tierra y Aire (395), la administración central –*Majzén*– (190) y el Sindicato vertical franquista y algunos particulares (59). En Larache, la “ciudad colonial proletaria”, sólo se contabilizan 255 viviendas, de las que el Sindicato vertical construyó 162 unidades.

En cuanto a los beneficiarios en la entrega de viviendas hay que destacar algunas observaciones. Los marroquíes fueron los grandes beneficiarios, ya que recibieron más del 50% de las viviendas entregadas: un mínimo de 992 en Tetuán y 100 en Larache.

Buena parte de las viviendas fueron destinadas a militares y exmilitares (575) y funcionarios (254). Como se observa, casi el 47% se entregó a sectores de la población (excombatientes y mutilados de las guerras en Marruecos y de la guerra civil española, así como funcionarios de la Alta Comisaría, del *Majzén*, de las Juntas de Servicios Municipales y otras instituciones) en forma de pago por servicios prestados. A la vista de lo expuesto, no debe extrañar que los grupos, pabellones y barriadas recibieran nombres como General Orgaz, General Varela, General García Valiño, Generalísimo, España y José Antonio.

Buena parte de las restantes, unas setecientas u ochocientas viviendas calificadas como “viviendas económicas” o para “familias humildes” (entiéndase casi sin servicios), fueron destinadas realmente a quienes más las necesitaban. Pero nuevamente la comparación entre el número de parados españoles y marroquíes en cualquiera de los periodos considerados y las viviendas entregadas es elocuente sobre el verdadero alcance de la promoción oficial de viviendas.

Claro que hay que tener en cuenta que la mayoría de las citadas viviendas fueron construidas según la legislación y los criterios imperantes en la época franquista. No parece que la promoción oficial de viviendas en el Marruecos español, así como los criterios imperantes a la hora de su entrega, fueran ni un ápice diferentes a lo que en el mismo ámbito se hizo en el mismo periodo en la propia España.

También hay que destacar algunas cifras ofrecidas por los autores y relativas a la naturaleza de los que financiaron un total de 2.883 edificaciones de todo tipo construidas en Tetuán entre 1919 y 1949. Los marroquíes musulmanes: 2.207 con un valor de 33,4 millones de pesetas. Los marroquíes judíos: 254 con un valor de 34,7 millones. Finalmente, los españoles, incluido el resto de europeos: 422 con un valor de 51,8 millones. Toda una demostración del verdadero potencial económico de la administración colonial española y de los propios colonos instalados en Marruecos.

Para finalizar, es evidente que la presente obra, dirigida por Alejandro Muchada, va a contribuir a renovar el debate sobre la política urbanística española en

Marruecos. Hay que señalar igualmente que este libro no constituye un hito aislado en el conjunto de las publicaciones que en los últimos años se vienen ocupando del estudio de las ciudades y del urbanismo de lo que en su momento fue el protectorado español de Marruecos (1912-1956). Sin duda alguna, la obra más significativa de todas es la de A. Bravo Nieto (*Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos*, 2000). Pero se pueden citar otras igualmente interesantes: las de J. Malo de Molina y F. Domínguez (*Tetuán. El Ensanche*, 1995), R. de Torres López (*La medina de Tetuán. Guía de arquitectura*, 2001 y reediciones de 2002 y 2011), G. Duclós y P. Campos (*Larache. Evolución urbana*, 2001; y *Tetuán. Evolución urbana de la medina*, 2003) y la obra colectiva *Rehabilitación del Mercado Central de Larache* (2004). Es de destacar que una parte importante de esta literatura ha sido posible por la financiación de diferentes Consejerías de la Junta de Andalucía, en especial de la de Fomento y Vivienda. Todo un ejemplo de cómo el estudio del pasado tiene una aplicación práctica: ofrecer unos conocimientos necesarios e imprescindibles para proceder a una correcta restauración del actual patrimonio arquitectónico marroquí, o hispano-marroquí. Una fórmula muy válida de cooperación que esperemos que continúe operativa en tiempos de tantas dificultades económicas y tantas desacertadas decisiones políticas como las que vivimos en la actualidad.

introducción

“Lo que importa a mi Marco Polo es descubrir las razones secretas que han llevado a los hombres a vivir en las ciudades; razones que pueden valer más allá de todas las crisis. [...] Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueques de palabras, de deseos, de recuerdos”.

Italo Calvino (2002: 15)

La ciudad contemporánea marroquí es un desafío para la administración pública que la gestiona y para la ciudadanía en general. En palabras del respetado historiador Abdellah Laroui (2001), el proceso de modernización de Marruecos implicó un desafío interno en el ejercicio de transformación que comenzó a finales del siglo XVIII y principios del XIX con el inicio decidido de la presión europea colonial y la introducción de Marruecos en el funcionamiento de la globalización; desafío que perdura hasta nuestros días.

Este proceso de transformación urbana se ha acelerado en las últimas décadas, impulsado por el crecimiento poblacional y el desarrollo económico de los núcleos urbanos del territorio marroquí.

Por este motivo, la ciudad marroquí requiere una profunda reflexión, para poder garantizar un control y un dominio de su desarrollo y promover un modelo sostenible y propio del pueblo marroquí capaz de incorporar los adelantos tecnológicos, integrarlos y traducirlos a la identidad y el saber habitar de su población.

Además, esta historia urbana contemporánea no es ajena al territorio andaluz y español, y en la presente obra ha sido concebida como un lugar desde el que repensar nuestro propio devenir. Así como el pintor da un paso hacia atrás para contemplar su obra, Marruecos nos permite mirar a Andalucía de frente.

Conscientes de esta necesidad de apropiación del significado y la implicación de la ciudad y sus diferentes modelos de desarrollo urbano, se ha realizado este estudio, en colaboración con la iniciativa tetouanmodernchallenge.com y

la Escuela Nacional de Arquitectura de Tetuán, y gracias a la financiación del programa de ayuda a la investigación de la Consejería de Fomento y Vivienda de la Junta de Andalucía.

Partimos, pues, de la convicción de que las claves para entender la ciudad del mañana se encuentran en el pasado, concretamente en el origen de la ciudad moderna marroquí. En este origen, en la raíz de la ciudad de hoy, el pueblo marroquí puede tomar conciencia de su ciudad, de los valores y principios que la sustentan, para elegir libremente cuáles de ellos la definen y cuáles de ellos requieren un cambio para su mejora.

El enfoque que se ha escogido para analizarlo ha sido la cuestión de la vivienda social, que permite incorporar una mirada crítica y compleja sobre el fenómeno urbano a partir de la atención a su periferia y los barrios populares, así como a las primeras actuaciones de la administración pública para mejorar la situación urbana.

Gracias a la documentación original hallada y analizada, se ha podido recoger la dificultad que existía para gestionar esta primera ciudad moderna, sin capacidad y sin medios, desbordada, incontrolada, en la que convivían españoles y marroquíes de clase humilde.

El estudio se ha centrado en el norte de Marruecos, concretamente en las ciudades de Larache y Tetuán, que fueron las que albergaron un mayor crecimiento poblacional y un elevado número de actuaciones de vivienda de promoción oficial, realizadas por los organismos coloniales competentes.

La investigación recogida en la presente publicación se ha realizado desde un posicionamiento teórico metodológico postcolonial, basado en el diálogo y en la diversidad. Este elemento se ha puesto en práctica con la participación de un grupo de investigadores y pensadores procedentes del mundo académico, profesional y de la administración pública marroquí que se presentan a continuación, en el apartado de metodología.

Frente a una estructura clásica compuesta por una colección de artículos relativos a un tema específico, en este caso se ha fragmentado cada texto aportado, y se han reconstruido, mezclados los unos con los otros, en función de una serie de rostros de la ciudad y la vivienda.

Los resultados que se muestran en el presente escrito son las primeras conclusiones tras un proceso metodológico intercolectivo. La metodología de investigación ha sido rigurosa y constante. Se ha acudido y trabajado sobre fuentes originales, y se ha creado una base de información referente que aspira a ser la cimentación de un proceso abierto y en igualdad de oportunidades hispano-marroquíes.

Así, se presenta el origen del fenómeno urbano moderno marroquí, y su vínculo con la cuestión de la vivienda, desde un conjunto de lo que hemos denominado “ciudades invisibles”, rostros del fenómeno urbano: *la ciudad islámica, la ciudad gobernada, la ciudad simbólica, la ciudad moderna, la ciudad gestionada y la ciudad periférica.*

Tras las “ciudades invisibles”, hemos descendido a la escala de lo doméstico para comprender la cuestión de la vivienda, que está formada por las distintas estrategias y condicionantes en la promoción de la vivienda y en la creación del espacio. Se descubre así un conjunto de siete “viviendas cuestionadas”: *la vivienda islámica, la vivienda simbólica, la vivienda promovida, la vivienda moderna, la vivienda legislada, la vivienda periférica y la vivienda oficial.*

La investigación que tiene el lector en sus manos ha pretendido avanzar un paso, si cabe, a los estudios anteriores sobre el urbanismo y la arquitectura en el norte de Marruecos, destacando la necesidad de incorporar una mirada compleja de comprensión de los fenómenos urbanos y habitacionales acontecidos en el periodo colonial, y alejándose de concepciones superficiales y centradas en los objetos resultantes de la producción espacial. Además, a través de su metodología, ha completado un vacío, con la necesaria presencia de investigadores marroquíes y con el fomento de un debate interdisciplinar.

El contenido del estudio se presenta de dos formas complementarias. Por un lado, podemos encontrar una serie de imágenes históricas y planimetrías comentadas. El objetivo de este apartado es entender que la investigación es un proceso abierto y libre para cualquier persona –lector–. Puede considerarse una invitación a sumergirse en la época de estudio, observando los planos, las fotografías aéreas o las imágenes históricas. Los resultados de la investigación no acaban en el escrito, sino con su interpretación.

El segundo bloque consiste en el conjunto de conocimientos generados en el interproceso. Son consecuencia del trabajo colectivo de los investigadores implicados. En su conformación aparece un inevitable acercamiento personal para caracterizar y analizar el objeto de la investigación.

ALEJANDRO MUCHADA